

Desde el Comité Editorial



La relación México-Estados Unidos en materia de ciencia

“**P**obre México, tan lejos de dios y tan cerca de los Estados Unidos”; frase atribuida a don Porfirio Díaz, el gran presidente y estadista mexicano, y que refleja, hoy más que nunca, la relación que en lo político, militar y económico se ha tenido como consecuencia de las disparidades existentes entre ambas naciones en muchos aspectos a lo largo de su historia. La relación México-Estados Unidos en materia de ciencia, aunque menos brutal que en otras, por tratarse, en última instancia, de una relación entre individuos pensantes y con cierto grado de idealismo, no ha sido, por desgracia, ninguna excepción. Es claro, sin embargo, que, dada la globalización imperante en todos los aspectos de nuestra vida y la influencia que la ciencia ha tenido en ella, la necesidad de una buena relación entre México y Estados Unidos se torna fundamental para su mutuo beneficio, máxime si ésta genera problemas potenciales de muy diversa índole a lo largo de una frontera que se antoja interminable e involucra flujos migratorios de nuestro país hacia el vecino allá en el norte, que, por su naturaleza termodinámicamente favorable, son y resultarán absolutamente imparables.

Queridos lectores, en este contexto, *Ciencia* trae para ustedes, en esta ocasión, una sección temática espléndida que aborda el complicado y controversial aspecto de nuestra relación con Estados Unidos en materia científica. En ésta se aborda, entre otros temas tan interesantes, la descripción histórica de algunos esfuerzos de colaboración entre estadounidenses y mexicanos por la exploración y el

descubrimiento de nuestros recursos naturales en la región de las californias y su golfo.

Por otro lado, dado que ni los problemas ambientales ni los de salud, por citar sólo algunos, pueden ser selectivamente segregados por la erección de un muro para el divertimento de unos y el sufrimiento de otros, como probablemente ha llegado a fantasear con desbordante frenesí algún ridículo e inveterado bromista avecindado en los Estados Unidos, se requiere, como se discute en diversos artículos de esta sección temática, y a los que lo remitimos, querido lector, de una amplia y generosa cooperación. Así, resulta de gran interés que, a la par de que millones de personas cruzan cada año nuestras fronteras, una buena cantidad de patógenos, entre los que destacan bacterias y virus de distintos tipos, los acompañan, y ello da lugar a la propagación potencial de enfermedades a ambos lados de la frontera y al riesgo de la producción de epidemias binacionales e, incluso, de pandemias con desenlaces impredecibles. Felizmente, la buena y eficaz colaboración en materia sanitaria que siempre ha existido entre México y Estados Unidos, la cual todavía podría mejorarse, ha permitido la implantación de medidas sanitarias apropiadas para el control de enfermedades, tales como la reciente pandemia de influenza A H1N1a, cuyo agente causal fue identificado gracias a esta colaboración. Sería, por otro lado, ampliamente deseable, desde el punto de vista social, que se generaran en el futuro cercano mecanismos de cooperación transnacional para una atención médica eficaz y económicamente asequible, como se discute en el artículo de esta sección temática que versa acerca de la cooperación en salud, tanto de mexicanos como de estadounidenses dolientes.

Es loable, por otro lado, que mediante el Consorcio Arizona-México para Ambientes Áridos (Cazmex), establecido entre el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y la Universidad de Arizona, se intente mitigar el efecto del cambio climático en las áreas áridas y semiáridas que comparten ambos países. Dentro de este contexto destaca también la gran colaboración mantenida desde hace ya algunos años entre la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad de Arizona en torno a proyectos científicos de diversa índole, lo cual deja constancia de la factibilidad de generar nexos entre ambos países que reditúen en una mejor relación entre ellos, tanto en sus aspectos humanos como en la resolución de problemas comunes. Por otro lado, resulta de gran interés enterarse de que, habiendo voluntad política, la creación de mecanismos tales como el Foro Bilateral de Educación Superior, Innovación e Investigación (FOBESII), dirigidos a incrementar la movilidad de los jóvenes estudiantes de ambos países y generar en ellos habilidades que reditúen en niveles más sólidos de vecindad entre nuestros países, ha sido posible.

Por desgracia, esta relación en materia de ciencia, que se ha ido tejiendo a lo largo de los años con dificultad, se encuentra en la actualidad seriamente amenazada tanto por la incapacidad y falta de interés en la materia científica del Estado mexicano como por la animadversión que siente el digno Donald Trump y su gobierno hacia los mexicanos. Por fortuna, como dice el dicho: “no hay mal que dure cien años”; hagamos entonces votos para que en poco tiempo la relación en materia de ciencia entre México y Estados Unidos se fortalezca para beneficio de ambas naciones.

Queridos lectores, en segundo lugar, pero que muy bien podría ser primero, dentro del Comité Editorial de *Ciencia*, pero particularmente en el áni-

mo de aquellos a los que, como yo, la química ha dado vida o ha inspirado en buena medida nuestra labor científica, estamos de plácemes, pues en este 2019 que vivimos se festeja internacionalmente el 150 aniversario de la publicación de la tabla periódica de los elementos químicos por Dmitri Ivánovich Mendeléiev, un hombre polifacético, que a la vez que arrancaba secretos a la química planeaba vuelos en globo para observar eclipses solares. Queridos lectores: los invitamos también, en consecuencia, a leer el excelente artículo de Verónica García Montalvo y Raymundo Cea Olivares, miembro distinguido de nuestro Comité Editorial, y apreciar cómo el genio de Mendeléiev fue capaz de percatarse de que las propiedades químicas de los elementos (sustancias únicas formadas por átomos del mismo tipo), manifestadas por su capacidad para reaccionar con diversas sustancias, se repiten de forma periódica en función de sus pesos moleculares, por lo que puede predecirse de esta manera su reactividad.

Adicionalmente, los invitamos a adentrarse en el mundo de los compuestos bioactivos y conocer, al tiempo que se enteran de sus ventajas y desventajas, los esfuerzos que un grupo de investigadores mexicanos realiza para aprovechar el potencial de algunos de ellos, obtenidos a partir de residuos agroindustriales, para su uso como aditivos en la alimentación de especies acuícolas de interés comercial, tales como el camarón y la tilapia.

Finalmente, estimados lectores, no dejen de hojear nuestra nueva sección “Desde las redes”, en donde nuestro colaborador José Eduardo González Reyes pone a su disposición material científico que, ligado al contenido de nuestra revista, *Ciencia* ofrece a los usuarios de las redes sociales.

MIGUEL PÉREZ DE LA MORA
Director